

DISCURSO INAUGURAL

QUE EN LA

SOLEMNE ABERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1865 Á 1866

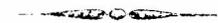
LEYÓ

ANTES EL CLÁUSULO

DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

EL DR. D. DOMINGO DE OLABARRIA,

CATEDRATICO DE LITERATURA CLASICA, GRIEGA Y LATINA.



Valladolid: 1865. — Imprenta de Carrido.

Ilustrísimo Señor:

Una profunda conmocion se apoderó de mi espíritu en el momento en que tomé á mi cargo el dirigiros la palabra en esta solemne ocasion desde este lugar tan dignamente ocupado otras veces por hombres doctisimos y consumados oradores. Jamás hubiera de mi parte aspirado á tanto: solo me alienta y sostiene el considerar que vengo á cumplir un deber indeclinable. Como el soldado en el campo de batalla, recibimos en esta pacífica milicia la órden de nuestro jefe que nos dice: «ve allá,» y venimos, no con la seguridad de la victoria, pero si con la confianza de una acogida indulgente, siempre que nos anime algun sentimiento noble y generoso inspirado por el amor de la pátria, el deseo de perfeccionar la enseñanza, ó la veneracion á las creencias y costumbres religiosas, en que la España ha cifrado constantemente sus glorias, sus esperanzas y todos los títulos de su grandeza.

Cuando por la vez primera me fué concedido sentarme entre los profesores de esta escuela, lleno de fé en el porvenir, de amor á los jóvenes que frecuentan las áulas y de afán por el trabajo, tuve la satisfaccion de escuchar á un catedrático joven sí, pero esclarecido, unas palabras, que nunca se han borrado de mi memoria: «por fortuna, nos decia con el acento de la conviccion, no ha tomado todavía incremento en nuestro suelo la tenaz contienda que está turbando en otros pueblos la paz de los corazones y de las inteligencias.» Y se trataba de esa terrible lucha de ideas é intereses encontrados, creciente cual nunca en aquellos momentos, que paseaba por el mundo civilizado el terror y la desesperacion. Y en este sitio se nos animaba con la confianza de que, en nuestro suelo clásico de las convicciones firmes y creencias arraigadas, la direccion de todos los ramos del saber humano á robustecer las creencias del Cristianismo sería un poderoso medio de prepararnos contra el error, cualquiera que fuese la forma en que se presentára. Mas desde entónces, áun apartando la vista de los campos regados de sangre, ¡cuánto ha caminado la humanidad en poco tiempo! Por una parte los descubrimientos de las ciencias naturales, aunándose con las artes, promueven el bienestar de los pueblos; y por otra, si interrogamos la conciencia pública, nadie espera sin inquietud el dia de mañana: los Gobiernos como los particulares fomentan la propagacion de los estudios; y luego una triste esperiencia viene á convencernos de que las letras son como otra arma cualquiera, dispuestas á producir la gloria ó la vergüenza de quien las empuña, y que, segun el uso que se haga de ellas, así pueden ser un beneficio concedido por Dios á las naciones, como un azote para castigarlas.

En medio de esa agitacion febril de todas las pasiones, de todas las ideas, de amor y odios tan encarnizados, en medio de una sociedad que, agitada por la incertidumbre y la duda, busca con ansia las nociones de lo

verdadero y lo bueno que le restituyan la tranquilidad perdida, ¿de dónde viene la tranquila á la par que sencilla grandeza con que seguimos aquí desempeñando nuestros deberes, sin ceder al cansancio, sin participar del espíritu de division que cada dia está destruyendo muchas otras instituciones? ¿De dónde, sino de habernos conservado fieles á aquel principio cristiano que, entre la variedad de las ciencias y de las artes, nos hace amar la unidad de sentimientos así en el exámen de la verdad como en los medios de comunicarla á otros?

Esta será una gloria imperecedera que no cederemos á otro. Ella nos mantiene en la serena region de la luz, de cuya altura es dado juzgar con imparcial criterio: ella nos descubre la responsabilidad que hemos contraido al entrar en el profesorado; pero nos infunde también el valor de no esquivarla, mientras conservemos en alta estima la importancia del puesto que ocupamos.

De todos los ministerios que el hombre desempeña para bien y decoro de la sociedad á que pertenece, ninguno, á mi juicio, es, despues del sacerdocio, tan elevado, tan digno de honor y estimacion, como el magisterio público, ya se atienda á la indispensable preparacion que exige, ya á la ocupacion constante de perfeccionarse en el pensar y en la palabra para conservar sobre sus discípulos aquella autoridad, aquel dominio, por decirlo así, que solo se adquiere por la virtud unida estrechamente á una inteligencia elevada. El que se siente atraído por esta vocacion especial y privilegiada, parece que allá en lo íntimo de su conciencia escucha una voz poderosa que le dice: «Anda, fiel ministro de la Sabiduría increada, vé á ilustrar á tus semejantes para hacerles progresar en cuanto conduce á una felicidad sólida y verdadera: si te ha cabido en suerte un ingenio perspicaz, un talento claro, una imaginacion viva y creadora, si con la solidez del raciocinio posees la facultad de comunicar tus pensamientos sin que pierdan de su profundidad é importancia,

cualidades preciosas negadas á millares de hombres, no consideres haberlas recibido para elevarte, cual humo infecundo, en alas de la vanidad, sinó para que á manera de benéfica nube, con el riego de la doctrina hagas brotar en el ánimo de tus discípulos el gérmen de ópimos frutos de sabiduría. Tú solo ocupas un punto en el tiempo y en el espacio; pero en tu mano tienes el que este punto se dilate hasta largas edades, y alcance á todos los ángulos de la pátria por la gratitud de los que escuchen tus lecciones. Vé, pues, campeón de la verdad y apóstol de la ciencia, y no solamente los arcanos de la naturaleza, ó cuanto hay de mas elevado en la belleza de las artes, sinó tambien los dogmas venerandos de la fé, los principios de la moral y todas las verdades útiles llegarán á ser tu patrimonio: proclámalas con tanto mayor aliento cuanto las veas mas desatendidas, defiéndelas donde quiera que sean impugnadas: dirige á este fin tus cuidados, y por la energía de la palabra conseguirás el ser oído con complacencia, contribuyendo poderosamente á la mejora de la sociedad. »

Este fué el pensamiento que presidió á la fundacion de las Universidades. En aquella época en que la Europa se agitaba en todas direcciones por constituirse definitivamente sobre la sólida base del Catolicismo, cuando eran todavía tan raros como dispendiosos los medios de instruccion, la Iglesia penetrada de que la fé y la moralidad de los pueblos recibirian un eficaz impulso del generalizarse los conocimientos, porque lo desconocido no puede ser amado, promovió con ardoroso empeño estos centros de enseñanza, donde el pobre con el rico, el noble con el pechero, el rudo soldado con el humilde monje se confundiera en las áulas, adquiriendo por el indispensable contacto en el estudio costumbres de orden y de mútua confianza.

La Teología ocupó naturalmente el trono que entre todas las ciencias entónces nadie la disputaba: ella se complació de verse rodeada de las demás que perfeccio-

nan al hombre en el estado social, y éstas á su vez contribuian gustosas á la gloria de aquella, resultando asi la armonía entre los variados conocimientos que la Providencia iba facilitando á la Europa cristiana. El Sacerdocio y el Imperio favorecieron de consuno estos cuerpos sábios, y procuraron su multiplicacion segun crecía el deseo de saber, los colmaron de honores y privilegios, y á ellos pidieron, no en vano por cierto, profesores modestos pero consumados en la prudencia, que ocupasén dignamente un elevado puesto en los consejos de los reyes, ó en las primeras dignidades de la gerarquía eclesiástica.

Respirando, pues, este aroma religioso todos los ramos de la enseñanza en Europa, por siglos continuaron bajo la indispensable proteccion de la Iglesia. Porque si la literatura, el conocimiento de las lenguas muertas, la investigacion histórica y la erudicion habian de experimentar algun progreso, ¿á dónde acudir sinó á los monasterios é iglesias que desde el siglo cuarto eran los depósitos únicos de la antigüedad ilustrada? Si el mejor medio de perfeccionar las ciencias naturales era el facilitar la comunicacion entre las diversas partes del globo, y asi llegar al conocimiento de las producciones de la tierra juntamente con las leyes, las costumbres y el lenguaje de los diversos pueblos, ¿quiénes habian de iniciar estos trabajos sinó los que criados á la sombra del santuario, en alas de su celo religioso atravesaron desiertos y surcaron mares desconocidos para llevar á los extremos del mundo la luz del Evangelio? En vano se nos presentarán bajo el pomposo nombre de *historia de la filosofia* los delirios de una imaginacion extraviada: fuera de los libros santos y de la historia del Cristianismo católico es inútil trabajo el seguir las huellas de la civilizacion de que nosotros nos gloriamos, como tambien el inquirir las causas de la postracion moral en que yacen tantos pueblos por no haber admitido ó por haber desechado nuestras creencias.

Mas adelante cuando los inmensos materiales reunidos con laboriosidad constante fueron aquilatados en las Universidades, creyeronse algunos ramos del saber humano tan llenos de riqueza y poder, que trataron de emanciparse: la casa paterna les parecia estrecha: formaron con nuevos nombres escuelas sin número á proporcion de las necesidades, de los gustos y vicisitudes de la cultura intelectual; y en nuestro siglo se ha presentado tan rápido el movimiento en esta direccion, que la divina Teología, madre cariñosa que dió el ser á los adelantos de que se gloria esta parte del mundo, despues de haber inspirado en esas áulas el profundo sentimiento de la justicia y de la caridad, despues de indicarnos el peligro á que expondria el orgullo y la inesperienza á quien confiase demasiado en sus propias fuerzas, ella radiante de esperanza en el porvenir, llena de vida, henchida de satisfaccion por el bien que ha obrado en la educacion de las Universidades, se ha retirado de entre nosotros á vivir mas cerca del santuario para desde allí darnos aliento y bendecir nuestras fatigas en la enseñanza. Y nosotros, ay! recibimos con dolor el á Dios de esta madre tierna al despedirse quizá para siempre de esta casa embellecida por siglos con su presencia.

Disimulad, Ilmo. Sr., el que haya fatigado vuestra atencion repitiendo sucesos que nadie ignora. He querido recordarlos, porque hoy mas que nunca es para nosotros un noble placer el manifestar con ingenuidad y franqueza, que si la Teología católica como ciencia se ha separado de nuestras escuelas, permanece con nosotros como doctrina inviolable, y que hoy como siempre nos sometemos con gusto al indeclinable deber que la sociedad, la ley, y mas todavia nuestra conciencia nos impone: que las puertas de este santuario de las ciencias continúan cerradas á esa discusion imprudente y temosa, á las dudas malignas, á los impudentes sarcasmos, con que fuera de aquí se procura debilitar en el corazon del pueblo el sentimiento religioso, y con él los

santos vinculos de la familia, el respeto á la propiedad y la paz fundada en la obediencia á las legítimas autoridades.

Mil y mil veces se ha demostrado que, si la poca Filosofía conduce al ateismo, la mucha hace al hombre religioso: la experiencia nos hace palpable que el abandono de las creencias es debida á los vicios, como la noche á la ausencia del sol; la historia de diez y nueve siglos pone á la vista que la religion, aunque al parecer solo se ocupa de los intereses eternos, favorece y promueve todas las legítimas aspiraciones del hombre sobre la tierra; y aun despues de esto, el orgullo herido por tanta luz, idólatra de sí mismo y de pasiones vergonzosas, cubierta su odiosa faz con la bella máscara de humanidad ó progreso, sigue agitándose por sujetarlo todo á la disputa, á la incertidumbre, á la negacion obstinada, como si por la vez primera alguna voz desautorizada nos anunciase las verdades que han sido el patrimonio de muchos siglos.

Y el moderno *Racionalismo*, ya que este parece ser el nombre genérico de innumerables escuelas hostiles á la Iglesia de Jesucristo, este Racionalismo audaz con la pretension de innovarlo todo: que cada dia nos anuncia, como creacion de su ingenio, un nuevo mundo, una ciencia, un Dios, un hombre, una sociedad, una Filosofía y, si se quiere, tambien un cristianismo nuevo: el racionalismo tan variado en sus formas, tan inconstante en el cariño á sus propias creaciones, que, á manera de niño antojadizo, destruye un dia cuanto en el anterior amaba con delirio, no repara en negar al Catolicismo los títulos de un magisterio secular, constante, invariable como la divinidad de quien procede, completa y proporcionada á todas las inteligencias, y suficiente á las multiplicadas necesidades del corazon humano. Hase fatigado vanamente por hallar antagonismo entre la razon y la fé: ha visto con amargo desengaño que los admirables progresos del estudio de la naturaleza concluyen siempre

rindiendo homenaje á la Revelacion: que la historia de la humanidad es un laberinto sin salida para quien suelta de la mano el hilo de las tradiciones: que el incesante flujo de sistemas especulativos sobre Dios, el hombre y el mundo le negaba un terreno sólido para desde él atacar á su imperturbable adversario; y envidioso, como el espíritu de las tinieblas, quiere introducir en el campo enemigo el espíritu de discordia en vez del amor, de division en vez de la unidad que es el principio de nuestra firmeza.

Nos convida al libre exámen y discusion continua de cuanto es dado al hombre conocer, mientras la historia en todas sus páginas, de consuno con la inflexible lógica, nos la muestra en materias religiosas dogmáticas y morales en pugna con la autoridad que preside al orden, y convirtiendo al católico en protestante, al protestante en deísta, al deísta en ateo, y al ateo en escéptico aun sobre las demostraciones de la Filosofía. Quiere que doctos é ignorantes miren de frente y sujeten á la medida de su discurso todos los misterios declarando contrario á la razon cuanto no se sujete á un análisis inmediato: pide con asistencia cuenta de cada uno de los preceptos contrarios á una libertad ilimitada, Oh, no! El Cristianismo ha recibido del cielo la autoridad y el poder de enseñar á todas las gentes, no el espíritu de contienda: tiene, como toda sociedad bien constituida, la facultad de hacer leyes y de castigar á los delincuentes, y tiene cual otra ninguna, el inapreciable don de perdonar, con amor sin límites para convertir en inefable consuelo el llanto del arrepentido. Los pueblos, al hacerse cristianos, no han sometido la razon, ni recibido el don inapreciable de la fé sinó por medio de la persuasion y el convencimiento. La vida prodigiosa del que se anunció como Hombre-Dios, su absoluto imperio sobre los elementos y sobre la muerte misma, el triunfo de la resurreccion, la rápida propagacion de su celestial doctrina por desvalidos pescadores, y el establecimiento y permanencia

constante de la Iglesia en la posesion de sus derechos, testimonios son al alcance del ignorante como del sabio. Quien desee sinceramente hallar un motivo poderoso que le lleve á la virtud, un freno para las pasiones, un consuelo en las aflicciones de la vida, por alejado que la ignorancia ó la preocupacion le hayan tenido de nuestra creencia, luego encontrará en estos hechos los verdaderos fundamentos de la sumision completa que exige la fé á los que la han abrazado. Quiere, es cierto, la Iglesia, que todos sus hijos, y con especialidad sus ministros estén preparados á dar cuenta de las creencias, á defenderlas en caso necesario con las armas del raciocinio; pero deducir de esto que deben ser aficionados á exponer la verdad á interminables y rencillosas contiendas, tanto valdria como suponer en un gobierno cualquiera el deseo de guerras civiles y de exterminar á los ciudadanos, porque se le viera fortificar las plazas, promover la instruccion del ejército y disponer simulacros de batallas. ¿Es racional que el discípulo comience su estudio disputando con el maestro? ¿Aprende el niño las artes de la vida discutiendo con el autor de sus dias? Y nosotros, niños siempre y balbucientes al compararnos con la Sabiduría divina, pretenderemos hombrar desechando los medios que ha proporcionado á la razon para el conocimiento seguro de cuanto nos es mas importante? La Teología ha sido frecuentemente, pero bien á pesar de su índole pacífica, comprometida en polémicas: las acepta considerándolas como un mal necesario, y los Atanasios, los Belarminos, los Canos y Balmes han demostrado bien el temple de sus armas: ellos han sostenido la paz, fomentado la union, satisfecho á los espíritus rectos; pero de los promovedores de tamaña guerra, desde Arrio hasta Lutero, y si se quiere, desde Simon el Mago hasta los actuales racionalistas, ¿cuántos se han declarado noblemente vencidos aceptando la mano que les ofrecia la paz y el olvido generoso de lo pasado?

Es altamente consolador el movimiento al Catolicismo que en nuestros dias se observa en los talentos mas eminentes. La Francia, la Alemania, la Inglaterra y las regiones del Nuevo Continente lo están presenciando. Los que por educacion eran disidentes, y los que llevados del prurito de la singularidad se habian separado, todos van conociendo que, á la altura de conocimientos en que se halla el mundo, despues de tanto y tan infeliz ensayo para hallar la certidumbre que tranquilice al alma, el que racione solo puede llegar en teoria al Catolicismo ó al Panteismo, en la práctica al convencimiento completo de la revelacion ó al escepticismo desesperante. Experimentan un hambre y sed ardiente de volver á la unidad de creencias, y examinan los motivos de credibilidad, no con la terca insistencia del litigante, sinó con la respetuosa confianza del buen hijo que reconoce los títulos de la riqueza paterna. Todos somos admitidos, mas diré, obligados á este exámen cada uno á proporcion de su capacidad y luces, ya que nuestra adhesion á la fé debe ser racional y no impuesta por la seduccion ó la fuerza. ¿Hay un Dios? Luego es indispensable una religion, un culto digno de la Majestad infinita. ¿Dios ha declarado su voluntad al hombre por alguna revelacion? Cuestion sencilla de las llamadas de hecho. Y esta revelacion ¿tiene ó debe tener un magisterio que la trasmita pura, sin peligro de errores de una generacion á otra? Ó en otros términos, ¿ha establecido Dios algun juez infalible para las controversias religiosas? Tambien es otra cuestion de hecho y al alcance del talento medianamente cultivado, si ya no comprende luego cuán indigno seria de la benéfica Providencia el abandonar su obra al capricho y á la inconstancia del juicio privado.

La religion, ha dicho un pensador profundo, tiene la suficiente claridad para el hombre de corazon recto, pero tambien la oscuridad inherente á la grandeza de sus misterios para el que prefiera cegarse. Solo asi se com-

prende que en todos tiempos ingenios que van al frente de la humanidad por su penetracion y vastos conocimientos, se hayan perdido en este camino trillado é inundado de luz. Nosotros nunca nos separaremos de él. Dios quiere nuestras adoraciones y nuestro amor, que para eso nos ha criado: no puede haber mas que un culto verdadero, porque Dios no se contradice en la manifestacion de su voluntad: hay un magisterio irrecusable en la revelacion, porque Dios quiere enseñar al hombre por el hombre, y este magisterio supremo se ha confiado por la economía celestial al cuerpo docente de la Iglesia católica, indisolublemente unido á su cabeza por quien recibe la luz y la certidumbre que baja del cielo. Tal es la regla de nuestra fé. En vano intentará el Racionalismo que, separando nuestra atencion del origen y mision de la Gerarquía, tachando al episcopado de estadizo, de opresor de las conciencias, de apegado en demasia á intereses mezquinos, ó á un predominio bastardo sobre las inteligencias, le juzguemos capaz de confundir lo que es del momento con lo que pertenece á la eternidad. — Pero ¿el Papa y los Obispos, ora por ignorancia, ora por influencia de los partidos en que se dividen las sociedades modernas, no es de temer traspasen los límites de su mision imponiéndonos creencias no apoyadas en la revelacion divina?—Oh! quien tan mezquino concepto haya formado del plan divino en la obra de nuestra reparacion, no necesita dirigirse á los sabios, ni á los maestros de la fé: del último cristiano puede aprender que el que al imperio de su palabra crió la luz para los cuerpos y para los espíritus, el que dijo al mar: *hasta aquí llegarás y no pasarás adelante, y aquí quebrantarás tus hinchadas ondas*, sabe, porque nada se le oculta; puede, porque todo obedece á su voz; quiere, porque asi lo ha prometido: puede, sabe y quiere conservar intacto en los lábios del hombre que ha escogido para ello, el depósito sagrado de su doctrina, preservándonos del error y de la impostura.

Bien sabemos, ilustres profesores, que son pocos entre nosotros los impugnadores manifiestos de esta religion santa. Felizmente en el lenguaje de nuestro pueblo las palabras *español*, *cristiano* y *católico* no han perdido la sinonimia fundada en el uso constante de muchos siglos, y esto inspira la confianza de que en la sensata España los propagadores de ideas anticatólicas andarán, como las aves de rapiña, solos y fugitivos al menos por mucho tiempo. Mas ¿cómo desconocer ya el porfiado empeño con que se trabaja por envenenarnos arrojando á nuestro campo ese cadáver fétido llamado *protestantismo*? ¿Quién no advierte en calles y plazas el estrago de una discusion incauta ó temeraria sobre las creencias de la multitud falta de prudencia para distinguir entre lo que emana de Dios y el abuso del hombre? Y contrayéndonos á la juventud estudiosa, tan digna de nuestro cariño, ¿á quién no aflige la confianza con que las escuelas filosóficas se presentan cada mañana envueltas en el manto fascinador de un neologismo ininteligible, vendiéndonos como panacea de cuantos males han afligido á las generaciones pasadas el olvido de toda tradicion, el rompimiento de todo vínculo social ó religioso que tenga á raya el indómito fuego de las pasiones? Y de ese concorde trabajo del historiador y el novelista, del filósofo y del poeta en presentar con odioso colorido la sociedad en que vivimos, sindicando ante el público los ministerios mas augustos, las profesiones mas dignas de respeto, haciendo sospechosa la virtud ó confundiéndola con lo que haber pueda de mas abyecto y vergonzoso, ¿qué ha de nacer sinó el desprestigio de la autoridad y la conculcacion de principios de justicia, y el frio egoismo que sofoca el gérmen de acciones nobles, extingue el fuego santo del altar doméstico, convierte en ilusion el amor á la pátria y la sociedad en un mercado, en que los hombres, los intereses y los principios solo se avaloran por su producto?

Antigua es como el mundo la lucha entre el bien y

el mal, entre el orden y los principios disolventes de la sociedad: el catolicismo ha sido desde su aparicion objeto de amor puro, constante, desinteresado para unos, como de odio instintivo para otros; pero actualmente en la extension del mundo civilizado el antagonismo ha venido á declararse guerra encarnizada. Cada uno de los contendientes hace alarde de sus fuerzas, recluta con la esperanza de premios y honores á cuantos puede atraer á su lado, y, arma al brazo, espía los movimientos del campo enemigo. ¿Quereis distinguirlos sin temor á disfraz alguno? Uno de estos ejércitos reconoce un solo jefe supremo cuyas órdenes aplaude sin reserva; el otro se compone de grupos independientes que, acechándose con mútua desconfianza, solamente convienen por el instinto comun del ataque y de la defensa en momentos dados: el primero, aunque esparcido en toda la superficie del globo, tiene sus reales en una sola ciudad, que por larga experiencia juzga inexpugnable; el segundo, ocupando menos terreno, cambia continuamente el centro de sus operaciones, trasladándole de una á otra ciudad, de una á otra provincia: aquel ostenta por bandera una Cruz y por mote la *Caridad*; éste en los multiplicados emblemas que simbolizan sus deseos, escribe *Socialismo*, *Comunismo*, *Panteismo*, *Protestantismo*....., tal vez palabras altisonantes y equívocas para seducir á los incautos, pero siempre y constantemente las de *negacion de la autoridad* y *destruccion de lo existente*. Los gritos de la pelea resuenan ya en los campos como en las ciudades, en las calles y en el hogar doméstico: la neutralidad es imposible, el campo sin unidad cuenta para el dia del combate final con todos los indiferentes. La victoria será infaliblemente de los que defienden á la Iglesia de Jesucristo: producirá la paz, el orden y la justicia con el amor benévolo; pero ay! que en tanto son muchos los combatientes, y aún pueblos enteros, los que perecen, muchos ceden al pánico de un mo-

mento sin valor ni constancia para esperar el día del triunfo!

Vuestro puesto, ilustrados profesores, señalado está por la mano de la Providencia y, de seguro, no se verá abandonado. De ello responde el profundo saber enaltecido por la modestia, que os defiende y arma contra los sofismas de la mentira insidiosa; responde vuestra veneración á la grata memoria de los esclarecidos maestros que os han precedido en esas aulas: responde la santidad de este lugar donde nos complacemos de vernos reunidos cada año en este día, grande siempre en la vida académica, para reanudar nuestras tareas; y responde por fin el vivo deseo que os anima de procurar, juntamente con la instrucción, la honradez, el decoro y buena fama de la juventud estudiosa con la eficacia del buen ejemplo.

Esa juventud, esperanza de la patria y de sus familias, llegará en breve á conocer la agitación general de los ánimos y querrá saber las causas del malestar reconocido por todos, aunque de muchas y opuestas maneras explicado. En esas aulas ha de formar el criterio que necesita, llegando al exacto conocimiento de todo lo bueno, lo bello y digno del amor de un corazón generoso. Los que se dedican á la carrera del Derecho, imbúyanse en las máximas de justicia y equidad, á que más adelante hayan de atenerse como abogados ante los tribunales, como magistrados en el sólio de la justicia, ó como legisladores en los parlamentos; pero sobre todo nunca olviden que la sociedad humana, civil ó eclesiástica, no es invención de los hombres, ni una mera asociación voluntaria de socorros mútuos, sino obra de la sabiduría divina y perfeccionada con la doctrina del Evangelio: que la obediencia en tanto engrandece al racional, en cuanto vea en la autoridad que manda, una emanación del poder infinito: que las mejores leyes carecen de eficacia en pueblos sin costumbres fundadas en la sanción religiosa.

Los que se sientan con la abnegación necesaria para emplearse en aliviar á la humanidad doliente, no pueden menos de confesar que hay en el hombre algo no sujeto al poder del escalpelo, y que el más terrible de todos los males, la muerte, no termina la duración de nuestro ser consciente, libre y responsable más allá del sepulcro. El estudio de los fenómenos naturales y del orden admirable del universo elevan á los jóvenes á la veneración profunda del Supremo Criador y Legislador. La Filosofía discorra sobre la naturaleza de Dios y del hombre y sobre las relaciones necesarias entre el Criador y la criatura, sin olvidar empero que Dios se definió á sí mismo, porque nadie fuera de él podía hacerlo, y nos dejó esta definición consignada en los libros santos. Sin erigirnos en maestros de religión, porque esto excede nuestras facultades, sin ejercer indiscretamente la censura sobre la conducta ajena, lo que nos haría odiosos, tendremos ocasiones continuas al frente de la juventud para manifestar un amor sin límites á la religión de nuestros mayores: religión que, si por alteza de sus misterios muestra su origen divino, por la condescendencia de su moral prueba ser acomodada á las necesidades del hombre: religión que en las ciencias especulativas como en las sociales resuelve tantos problemas, enaltecendo á la razón á regiones antes desconocidas: religión que dirigiéndose á las inteligencias como á los corazones, con la convicción y el entusiasmo, no solo impone deberes, sino que inspira sacrificios, no solo hace creyentes, sino mártires: religión que, proveyendo á todas las condiciones y necesidades, suscita no ya solo individuos, sino congregaciones enteras de uno y de otro sexo, aquí para la instrucción del pobre, allí para la corrección del extraviado, ya para servir al enfermo, ya para consolar al moribundo, llevándolas con las alas de la caridad y la oración á donde quiera que se presenten deberes penosos que cumplir, ó lágrimas que enjugar. Esta unidad de creencias

y de sentimiento religioso ha sido y será en nuestra Universidad lazo suavísimo de nuestra confianza entre discípulos y maestros.

De vosotros, jóvenes alumnos, depende en gran parte el honor de los profesores y la gloria de este país religioso por excelencia. El asiduo trabajo vence las dificultades; pero no olvidéis que, si al preparáros con una instrucción sólida al desempeño de los deberes que os esperan, desatendiérais las lecciones de honradez y de respeto á los derechos ajenos recibidas en el seno de vuestras familias, un desengaño amargo, pero quizás tardío os convencería de la impotencia del saber sin la virtud para alcanzar el aprecio y la confianza de vuestros conciudadanos. Y si os arrastra el deseo de abrazar en corto tiempo muchos y heterogéneos ramos del saber, medid antes las fuerzas de vuestro talento. La sobriedad y la templanza tan necesarias son en los alimentos del espíritu como en los corporales. Leed, no muchas cosas, sinó mucho; y no malgastéis las fuerzas del alma con lecturas frívolas, que os desecarían el corazón sin aumentar el caudal de sólidos conocimientos.—HE DICHO.